Versos sencillos es un libro de poemas escrito por José Martí que está compuesto por 46 poemas de extensión variable. Su estilo es sencillo como lo dice su título. Sin embargo esta supuesta simplicidad estilística esconde un amplio vocabulario.

En diciembre de 1890, y en una tertulia entre amigos, donde se rendía tributo al poeta cubano Francisco Chacón, Martí leyó, en público, sus *Versos sencillos* , todavía inéditos que sólo se publicarían en 1891, como él mismo confesó en su prólogo, «porque el afecto con que los acogieron, en una noche de poesía y amistad, algunas almas buenas, los ha hecho público».

De profunda hondura autobiográfica, esos poemas reflejaban una especie de viaje interior por la vida del hombre, en el discurso lírico y más íntimo de su escritura.

Los *Versos sencillos* son como la gracia de los pintores japoneses que, sin mayor esfuerzo, en unos trazos justos, nos lo dan todo, la impresión de darnos lo más en lo menos. Una pastilla de tinta china y un poco de agua viene a ser el secreto. La gracia está en la dosificación justa, que es el camino de en medio. Martí insinúa más que dice. Su gracia está en elegir los símbolos y esta es una tarea de madurez interior. En «el corazón con que vivo» está la suprema síntesis de una realidad que no requiere de adornos. Todo es sobrio y esa impresión que no saber nada, ni falte nada, le da a ese saber nombrar, una eficacia que es el símbolo austero y rico de su simplicidad, que es elocuente desde su parquedad

Martí anhelaba una América hispánica democrática y autónoma en la que Cuba asumía la condición de un estado Constitucional y gobernado por sí mismo. Considero que su libertad iba más allá de la realidad cubana. Era una libertad en sus versos, en sus composiciones

De *Versos sencillos* nos queda la invitación para leerlos siempre y, la posibilidad de acordarnos en el verano de cada año, de un nuevo aniversario de la primera publicación en agosto de 1891 de lo que para Martí fue un despertar poético, una reactivación de los recuerdos.

En la presente edición se han mantenido las normas ortográficas de la edición de 1926, a partir de la cual se ha realizado esta.



José Martí

Versos sencillos

ePub r2.0

emiferro 28.07.21

Título original: *Versos sencillos*

José Martí, 1891

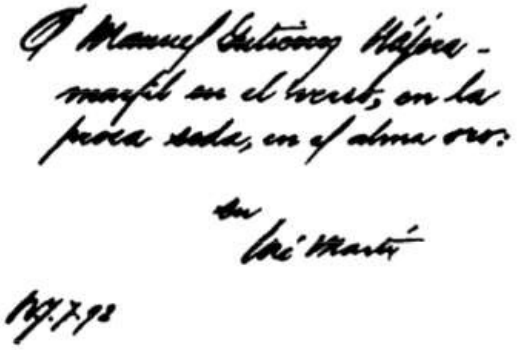
N. sobre edición original: Obras completas, tomo I, Editorial Excelsior, París, 1926

Retoque de cubierta: emiferro

Editor digital: emiferro

ePub base r2.1





JOSÉ MARTI

VERSOS SENCILLOS

NEW YORK
LOUIS WEISS & CO., Impresores
No. 116 Pearl Street
1891

A MANUEL MERCADO,

de México.

A ENRIQUE LESTRAZULAS,

de Uruguay.

Mis amigos saben como se me salieron estos versos del corazón. Fue aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Moterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana, —que quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos. Me echó el médico al monte: corrían arroyos, y se cerraban las nubes: escribí versos. A veces ruge el mar, y revienta la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado: a veces susurra la abeja, merodeando entre las flores.

¿Por qué se publica esta sencillez, escrita como jugando, y no mis encrespados VERSOS LIBRES, mis endecasílabos hirsutos, nacidos de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor de libertad, o de amor doloroso a la hermosura, como riachuelo de oro natural, que va entre arena y aguas turbias y raíces, o como hierro caldeado, que silba y chispea, o como surtidores candentes? ¿Y mis VERSOS CUBANOS, tan llenos de enojo, que están mejor donde no se les ve? ¿Y tanto pecado mío escondido, y tanta prueba ingenua y rebelde de literatura? ¿Ni qué exhibir ahora, con ocasión de estas flores silvestres, un curso de mi poética, y decir por qué repito un consonante de propósito, o los gradúo y agrupo de modo que vayan por la vista y el oído al sentimiento, o salto por ellos, cuando no pide rimas ni soporta repujos la idea tumultuosa? Se imprimen estos versos porque el afecto con que los acogieron, en una noche de poesía y amistad, algunas almas buenas, los ha hecho ya públicos. Y porque amo la sencillez; y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras.

Nueva York, 1891

I

Yo soy un hombre sincero
De donde crece la palma,
Y antes de morirme quiero
Echar mis versos del alma.
Yo vengo de todas partes,
Y hacia todas partes voy:
Arte soy entre las artes;
En los montes, monte soy.
Yo sé los nombres extraños
De las yerbas y las flores,
Y de mortales engañes,
Y de sublimes dolores.
Yo he visto en la noche oscura
Llover sobre mi cabeza
Los rayos de lumbre pura
De la divina belleza.
Alas nacer vi en los hombros
De las mujeres hermosas:
Y salir de los escombros,
Volando las mariposas.
He visto vivir a un hombre
Con el puñal al costado,
Sin decir jamás el nombre

De aquella que lo ha matado.

Rápida, como un reflejo,

Dos veces vi el alma, dos:

Cuando murió el pobre viejo,

Cuando ella me dijo adiós…

Temblé una vez—en la reja,

A la entrada de la viña —,

Cuando la bárbara abeja

Picó en la frente a mi niña.

Gocé una vez, de tal suerte

Que gocé cual nunca: —cuando

La sentencia de mi muerte

Leyó el alcaide llorando.

Oigo un suspiro, a través

De las tierras y la mar,

Y no es un suspiro, —es

Que mi hijo va a despertar.

Si dicen que del joyero

Tome la joya mejor,

Tomo a un amigo sincero

Y pongo a un lado el amor.

Yo he visto al águila herida

Volar al azul sereno,

Y morir en su guarida

La víbora del veneno.

Yo sé bien que cuando el mundo

Cede, lívido, al descanso,

Sobre el silencio profundo

Murmura el arroyo manso.

Yo he puesto la mano osada,

De horror y júbilo yerta,

Sobre la estrella apagada

Que cayó frente a mi puerta.

Oculto en mi pecho bravo

La pena que me lo hiere:

El hijo de un pueblo esclavo

Vive por él, calla y muere.

Todo es hermoso y constante,

Todo es música y razón,

Y todo, como el diamante,

Antes que luz es carbón.

Yo sé que el necio se entierra

Con gran lujo y con gran llanto, —

Y que no hay fruta en la tierra

Como la del camposanto…

Callo, y entiendo, y me quito

La pompa del rimador:

Cuelgo de un árbol marchito

Mi muceta de doctor.

II

Yo sé de Egipto y Nigricia,

Y de Persia y Xenophonte;

Y prefiero la caricia

Del aire fresco del monte.

Yo sé las historias viejas

Del hombre y de sus rencillas;

Y prefiero las abejas

Volando en las campanillas.

Yo sé del canto del viento

En las ramas vocingleras:

Nadie me diga que miento,

Que lo prefiero de ve ras.

Yo sé de un gamo aterrado

Que vuelve al redil, y expira, —

Y de un corazón cansado

Que muere oscuro y sin ira.

III

Odio la máscara y vicio
Del corredor de mi hotel:
Me vuelvo al manso bullicio
De mi monte de laurel.
Con los pobres de la tierra
Quiero yo mi suerte echar:
El arroyo de la sierra
Me complace más que el mar.
Denle al vano el oro tierno
Que arde y brilla en el crisol:
A mí denme el bosque eterno
Cuando rompe en él el Sol.
Yo he visto el oro hecho tierra
Barbullendo en la redoma:
Prefiero estar en la sierra
Cuando vuela una paloma.
Busca el obispo de España.
Pilares para su altar;
¡En mi templo, en la montaña,
El álamo es el pilar!
Y la alfombra es puro helecho,
Y los muros abedul,
Y la luz viene del techo,

Del techo de cielo azul.

El obispo, por la noche,

Sale, despacio, a cantar:

Monta, callado, en su coche,

Que es la piña de un pinar.

Las jacas de su carroza

Son dos pájaros azules:

Y canta el aire y retoza,

Y cantan los abedules.

¡Duermo en mi cama de roca

Mi sueño dulce y profundo!

Roza una abeja mi boca

Y crece en mi cuerpo el mundo.

Brillan las grandes molduras

Al fuego de la mañana,

Que tiñe las colgaduras

De rosa, violeta y grana.

El clarín, solo en el monte,

Canta al primer arrebol:

La gasa del horizonte

Prende, de un aliento, el Sol.

¡Díganle al obispo ciego,

Al viejo obispo de España,

Que venga, que venga luego,

A mí templo, a la montaña!

IV

Yo visitaré anhelante
Los rincones donde a solas
Estuvimos yo y mi amante
Retozando con las olas.
Solos los dos estuvimos,
Solos, con la compañía
De dos pájaros que vimos
Meterse en la gruta umbría.
Y ella, clavando los ojos
En la pareja ligera,
Deshizo los lirios rojos
Que le dió la jardinera.
La madreselva olorosa
Cogió con sus manos ella,
Y una madama graciosa,
Y un Jazmín como una estrella.
Yo quise, diestro y galán,
Abrirle su quitasol;
Y ella me dijo: «¡Qué afán!
¡Si hoy me gusta ver el Sol!»
«Nunca más altos he visto
Estos nobles robledales:
Aquí debe estar el Cristo,

Porque están las catedrales.»

«Ya sé dónde ha de venir

Mi niña a la comunión;

De blanco la he de vestir

Con un gran sombrero alón.»

Después, del calor al peso,

Entramos por el camino,

Y nos dábamos un beso

En cuanto sonaba un trino.

¡Volveré, cual quien no existe,

Al lago mudo y helado:

Clavaré la quilla triste:

Posaré el remo callado!

V

Si ves un monte de espumas,

Es mi verso lo que ves:

Mi verso es un monte, y es

Un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal

Que por el puño echa flor:

Mi verso es un surtidor

Que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro

Y de un carmín encendido:

Mi verso es un ciervo herido

Que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada:

Mi verso, breve y sincero,

Es del vigor del acero

Con que se funde la espada.

VI

Sí quieren que de este mundo

Lleve una memoria grata,

Llevare, padre profundo,

Tu cabellera de plata.

Si quieren, por gran favor,

Que lleve más, llevaré

La copia que hizo el pintor

De la hermana que adoré.

Si quieren que a la otra vida

Me lleve todo un tesoro,

¡Llevo la trenza escondida

Que guardo en mi caja de oro!

VII

Para Aragón, en España,
Tengo yo en mi corazón
Un lugar todo Aragón,
Franco, fiero, fiel, sin saña.
Si quiere un tonto saber
Por qué lo tengo, le digo
Que allí tuve un buen amigo,
Que allí quise a una mujer.
Allá, en la vega florida,
La de la heroica defensa,
Por mantener lo que piensa
Juega la gente la vida.
Y si un alcalde lo aprieta
O lo enoja un rey cazurro,
Calza la manta el baturro
Y muere con su escopeta.
Quiero a la tierra amarilla
Que baña el Ebro lodoso
Quiero el Pilar azuloso
De Lanuza y de Padilla.
Estimo a quien de un revés
Echa por tierra a un tirano:
Lo estimo, si es un cubano;

Lo estimo, si aragonés.

Amo los patios sombríos

Con escaleras bordadas;

Amo las naves calladas

Y los conventos vacíos.

Amo la tierra florida,

Musulmana o española,

Donde rompió su corola

La poca flor de mi vida.

VIII

Yo tengo un amigo muerto

Que suele venirme a ver:

Mi amigo se sienta, y canta;

Canta en voz que ha de doler.

«En un ave de dos alas

«Bogo por el cielo azul:

«Un ala del ave es negra

«Otra de oro Caribú.

«El corazón es un loco

«Que no sabe de un color:

«O es su amor de dos colores

«O dice que no es amor.

«Hay una loca más fiera

«Que el corazón infeliz:

«La que le chupó la sangre

«Y se echó luego a reír.

«Corazón que lleva rota

«El ancla fiel del hogar,

«Va como barca perdida,

«Que no sabe adónde va.»

En cuanto llega a esta angustia

Rompe el muerto a maldecir:

Le amanso el cráneo: lo acuesto:

Acuesto el muerto a dormir.

IX

Quiero, a la sombra de un ala,

Contar este cuento en flor:

La niña de Guatemala,

La que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos,

Y las orlas de reseda

Y de jazmín: la enterramos

En una caja de seda.

… Ella dió al desmemoriado

Una almohadilla de olor:

El volvió, volvió casado:

Ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas

Obispos y embajadores:

Detrás iba el pueblo en tandas,

Todo cargado de flores.

… Ella, por volverlo a ver,

salió a verlo al mirador:

El volvió con su mujer:

Ella se murió de amor.

Como de bronce candente

Al beso de despedida

Era su frente - ¡la frente

Que más he amado en mi vida!

… Se entró de tarde en el rio,

La sacó muerta el doctor:

Dicen que murió de frío:

Yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,

La pusieron en dos bancos

Besé su mano afilada,

Besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,

Me llamó el enterrador:

¡Nunca más he vuelto a ver

A la que murió de amor!

X

El alma trémula y sola

Padece al anochecer:

Hay baile; vamos a ver

La bailarina española.

Han hecho bien en quitar

El banderón de la acera;

Porque si está la bandera,

No sé, yo no puedo entrar.

Ya llega la bailarina:

Soberbia y pálida llega:

¿Cómo dicen que es gallega?

Pues dicen mal: es divina.

Lleva un sombre torero

Y una capa carmesí:

¡Lo mismo que un alelí

Que se pusiese un sombrero!

Se ve, de paso, la ceja,

Ceja de mora traidora:

Y la mirada, de mora

Y como nieve la oreja.

Preludian, bajan la luz,

Y sale en bata y mantón,

La virgen de la Asunción

Bailando un baile andaluz.

Alza, retando, la frente;

Crúzase al hombro la manta:

En arco el brazo levanta:

Mueve despacio el pie ardiente.

Repica con los tacones

El tablado zalamera,

Como si la tabla fuera

Tablado de corazones.

Y va el convite creciendo

En las llamas de los ojos,

Y el manto de flecos rojos

Se va en el aire meciendo.

Súbito, de un salto arranca;

Húrtase, se quiebra, gira

Abre en dos la cachemira,

Ofrece la bata blanca.

El cuerpo cede y ondea;

La boca abierta provoca;

Es una rosa la boca:

Lentamente taconea.

Recoge, de un débil giro,

El manto de flecos rojos:

Se va, cerrando los ojos,

Se va, como en un suspiro…

Baila muy bien la española,

Es blanco y rojo el mantón

¡Vuelve, fosca, a su rincón

El alma trémula y sola!

XI

Yo tengo un paje muy fiel
Que me cuida y que me gruñe,
Y al salir, me limpia y bruñe
Mi corona de laurel.
Yo tengo un paje ejemplar
Que no come, que no duerme,
Y que se acurruca a verme
Trabajar, y sollozar.
Salgo, y el vil se desliza
Y en mi bolsillo aparece;
Vuelvo, y el terco me ofrece
Una taza de ceniza.
Si duermo, al rayar el día
Se sienta junto a mi cama:
Si escribo, sangre derrama
M paje en la escribanía.
Mi paje, hombre de respeto,
Al andar castañetea:
Hiela mi paje, y chispea:
Mi paje es un esqueleto.

XII

En el bote iba remando

Por el lago seductor,

Con el sol que era oro pu ro

Y en el alma más de un sol

Y a mis pies vi de repente,

Ofendido del hedor,

Un pez muerto, un pez hediondo

En el bote remador.

XIII

Por donde abunda la malva
Y da el camino un rodeo,
Iba un ángel de paseo
Con una cabeza calva.
Del castaña por la zona
La pareja se perdía:
La calva resplandecía
Lo mismo que una corona.
Sonaba el hacha en lo espeso,
Y cruzó un ave volando:
Pero no se sabe cuándo
Se dieron el primer beso.
Era rubio el ángel; era
El de la calva radiosa,
Como el tronco a que amorosa
Se prende la enredadera.

XIV

Yo no puedo olvidar nunca

La mañanita de otoño

En que le salió un retoño

A la pobre rama trunca.

La mañanita en que, en vano,

Junto a la estufa apagada,

Una niña enamorada

Le tendió al viejo la mano.

XV

Vino el médico amarillo

A darme su medicina,

Con una mano cetrina

Y la otra mano al bolsillo:

¡Yo tengo allá en un rincón

Un médico que no manca

Con una mano muy blanca

Y otra mano al corazón!

Viene, de blusa y casquete,

El grave del repostero,

A preguntarme si quiero

O Málaga o Pajarete:

¡Díganle a la repostera

Que ha tanto tiempo no he visto,

Que me tenga un beso listo

Al entrar la primavera!

XVI

En el alféizar calado
De la ventana moruna,
Pálido como la luna,
Medita un enamorado.
Pálida, en su canapé
De seda tórtola y roja,
Eva, callada, deshoja
Una violeta en el te.

XVII

Es rubia: el cabello suelto
Da más luz al ojo moro:
Voy, desde entonces, envuelto
En un torbellino de oro.
La abeja estival que zumba
Más ágil por la flor nueva,
No dice, como antes, «tumba»
«Eva» dice: todo es «Eva».
Bajo, en lo oscuro, al temido
Raudal de la catarata:
¡Y brilla el iris, tendido
Sobre las hojas de plata!
Miro, ceñudo, la agreste
Pompa del monte irritado
¡Y en el alma azul celeste
Brota un jacinto rosado!
Voy, por el bosque, a paseo
A la laguna vecina:
Y entre las ramas la veo,
Y por el agua camina.
La serpiente del jardín
Silba, escupe, y se resbala
Por su agujero: el clarín

Me tiende, trinando, el ala.

¡Arpa soy, salterio soy

Donde vibra el Universo:

Vengo del sol, y al sol voy

Soy el amor: soy el verso!

XVIII

El alfiler de Eva loca

Es hecho del oro oscuro

Que lo sacó un hombre puro

Del corazón de una roca.

Un pájaro tentador

Le trajo en el pico ayer

Un relumbrante alfiler

De pasta y de similar.

Eva se prendió al oscuro

Talle el diamante embustero:

Y echó en el alfiletero

El alfiler de oro puro.

XIX

Por tus ojos encendidos

Y lo mal puesto de un broche,

Pensé que estuviste anoche

Jugando a juegos prohibidos.

Te odié por vil y alevosa

Te odié con odio de muerte

Náusea me daba de verte

Tan villana y tan hermosa.

Y por la esquela que vi

Sin saber cómo ni cuándo,

Sé que estuviste llorando

Toda la noche por mí.

XX

Mi amor del aire se azora;

Eva es rubia, falsa es Eva:

Viene una nube, y se lleva

Mi amor, que gime y que llora.

Se lleva mi amor que llora

Esa nube que se va:

Eva me ha sido traidora

¡Eva me consolará!

XXI

Ayer la vi en el salón
De los pintores, y ayer
Detrás de aquella mujer
Se me saltó el corazón.
Sentada en el suelo rudo
Está en el lienzo: dormido
Al pie, el esposo rendido:
Al seno el niño desnudo.
Sobre unas briznas de paja
Se ven mendrugos mondados:
Le cuelga el manto a los lados,
Lo mismo que una mortaja.
No nace en el torvo suelo
Ni una viola, ni una espiga:
Muy lejos, la casa amiga,
¡Muy triste y oscuro el cielo!…
¡Esa es la hermosa mujer
Que me robó el corazón
En el soberbio salón
De los pintores de ayer!

XXII

Estoy en el baile extraño

De polaina y casaquín

Que dan, del año hacia el fin,

Los cazadores del año.

Una duquesa violeta

Va con un frac colorado

Marca un vizconde pintado

El tiempo en la pandereta.

Y pasan las chupas rojas,

Pasan los tules de fuego,

Como delante de un ciego

Pasan volando las hojas.

XXIII

Yo quiero salir del mundo

Por la puerta natural:

En un carro de hojas verdes

A morir me han de llevar.

¡No me pongan en lo oscuro

A morir como un traidor:

Yo soy bueno, y como bueno

Moriré de cara al Sol!

XXIV

Sé de un pintor atrevido

Que sale a pintar contento

Sobre la tela del viento

Y la espuma del olvido.

Yo sé de un pintor gigante,

El de divinos colores,

Puesto a pintarle las flores

A una corbeta mercante.

Yo sé de un pobre pintor

Que mira el agua al pintar, —

El agua ronca del mar, —

Con un entrañable amor.

XXV

Yo pienso, cuando me alegro

Como un escolar sencillo,

En el canario amarillo, —

¡Que tiene el ojo tan negro!

Yo quiero, cuando me muera,

Sin patria, pero sin amo,

Tener en mi losa un ramo

De flores, — ¡Y una bandera

XXVI

Yo que vivo, aun que me he muerto,

Soy un gran descubridor,

Por que anoche he descubierto

La medicina de amor.

Cuando al peso de la cruz

El hombre morir resuelve,

Sale a hacer bien, lo hace, y vuelve

Como de un baño de luz.

XXVII

El enemigo brutal
Nos pone fuego a la casa
El sable la calle arrasa
A la luna tropical.
Pocos salieron ilesos
Del sable del español
La calle, al salir el Sol,
Era un reguero de sesos.
Pasa, entre balas, un coche:
Entran, llorando, a una muerta:
Llama una mano a la puerta
En lo negro de la noche.
No hay bala que no taladre
El portón: y la mujer
Que llama, me ha dado el ser:
Me viene a buscar mi madre.
A la boca de la muerte,
Los valientes habaneros
Se quitaron los sombreros
Ante la matrona fuerte.
Y después que nos besamos
Como dos locos, me dijo:
«¡Vamos pronto, vamos, hijo

La niña está sola: vamos!»

XXVIII

Por la tumba del cortijo

Donde está el padre enterrado,

Pasa el hijo, de soldado

Del invasor: pasa el hijo.

El padre, un bravo en la guerra,

Envuelto en su pabellón

Alzase: y de un bofetón

Lo tiende, muerto, por tierra.

El rayo reluce: zumba

El viento por el cortijo:

El padre recoge al hijo,

Y se lo lleva a la tumba.

XXIX

La imagen del rey, por ley,

Lleva el papel del Estado

El niño fué fusilado

Por los fusiles del rey.

Festejar el santo es ley

Del rey: y en la fiesta santa

¡La hermana del niño canta

Ante la imagen del rey!

XXX

El rayo surca, sangriento,

El lóbrego nubarrón:

Echa el barco, ciento a ciento,

Los negros por el portón.

El viento, fiero, quebraba

Los almácigos copudos:

Andaba la hilera, andaba,

De los esclavos desnudos…

El temporal sacudía

Los barracones henchidos

Una madre con su cría

Pasaba, dando alaridos.

Rojo, como en el desierto,

Salió el Sol al horizonte:

Y alumbró a un esclavo muerto,

Colgado a un seibo del monte.

Un niño lo vió: tembló

De pasión por los que gimen

¡Y, al pie del muerto, juró

Lavar con su sangre el crimen!

XXXI

Para modelo de un dios

El pintor lo envió a pedir: —

¡Para eso no! ¡Para ir,

Patria, a servirte los dos!

Bien estará en la pintura

El hijo que amo y bendigo: —

¡Mejor en la ceja oscura,

Cara a cara al enemigo!

Es rubio, es fuerte, es garzón

De nobleza natural:

¡Hijo, por la luz natal!

¡Hijo, por el pabellón!

Vamos, pues, hijo viril:

Vamos los dos: si yo muero,

Me besas: si tú… ¡prefiero

Verte muerto a verte vil!

XXXII

En el negro callejón

Donde en tinieblas paseo,

Alzo los ojos, y veo

La iglesia, erguida, a un rincón.

¿Será misterio? ¿Será

Revelación y poder?

¿Será, rodilla, el deber

De postrarse? ¿Qué será?

Tiembla la noche: en la parra

Muerde el gusano el retoño;

Grazna, llamando al otoño,

La hueca y hosca cigarra.

Graznan dos: atento al dúo

Alzo los ojos, y veo

Que la iglesia del paseo

Tiene la forma de un buho.

XXXIII

De mi desdicha espantosa
Siento, oh estrellas, que muero
Yo quiero vivir, yo quiero
Ver a una mujer hermosa.
El cabello, como un casco,
Le corona el rostro bello:
Brilla su negro cabello
Como un sable de Damasco.
¿Aquélla?... ¡Pues pon la hiel
Del mundo entero en un haz,
Y tállala en cuerpo, y haz
Un alma entera de hiel!
¿Esta?... Pues es ta infeliz
Lleva escarpines rosados,
Y los labios colorados,
Y la cara de barniz.
El alma lúgubre grita
«¡Mujer, maldita mujer!»
¡No sé yo quién pueda ser
Entre las dos la maldita!

XXXIV

¡Penas! ¿Quién osa decir
Que tengo yo penas? Luego,
Después del rayo, y del fuego,
Tendré tiempo de sufrir.
Yo sé de un pesar profundo
Entre las penas sin nombres:
¡La esclavitud de los hombres
Es la gran pena del mundo!
Hay montes, y hay que subir
Los montes altos; ¡después
Veremos, alma, quién es
Quien te me ha puesto al morir!

XXXV

¿Qué importa que tu puñal

Se me clave en el riñón?

¡Tengo mis versos, que son

Más fuertes que tu puñal!

¿Qué importa que este dolor

Seque el mar, y nuble el cielo?

El verso, dulce consuelo,

Nace alado del dolor.

XXXVI

¡Ya sé: de carne se puede

Hacer una flor: se puede,

Con el poder del cariño,

Hacer un cielo, — y un niño!

De carne se hace también

El alacrán; y también

El gusano de la rosa,

Y la lechuza espantosa.

XXXVII

Aquí está el pecho, mujer,

Que ya sé que lo herirás:

¡Más grande debiera ser,

Para que lo hirieses más!

Porque noto, alma torcida,

Que en mi pecho milagroso,

Mientras más honda la herida,

Es mi canto más hermoso.

XXXVIII

¿Del tirano? Del tirano
Di todo, ¡di más!: y clava
Con furia de mano esclava
Sobre su oprobio al tirano.
¿Del error? Pues del error
Di el antro, di las veredas
Oscuras: di cuanto puedas
Del tirano y del error.
¿De mujer? Pues puede ser
Que mueras de su mordida;
¡Pero no empañes tu vida
Diciendo mal de mujer!

XXXIX

Cultivo una rosa blanca,

En julio como en enero,

Para el amigo sincero

Que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca

El corazón con que vivo,

Cardo ni oruga cultivo:

Cultivo la rosa blanca.

XL

Pinta mi amigo el pintor

Sus angelones dorados,

En nubes arrodillados,

Con soles alrededor.

Píntome con sus pinceles

Los angelitos medrosos

Que me trajeron, piadosos,

Sus dos ramos de claveles.

XLI

Cuando me vino el honor
De la tierra generosa,
No pensé en Blanca ni en Rosa
Ni en lo grande del favor.
Pensé en el pobre artillero
Que está en la tumba, callado
Pensé en mi padre, el soldado
Pensé en mi padre, el obrero.
Cuando llegó la pomposa
Carta, en su noble cubierta,
Pensé en la tumba desierta,
No pensé en Blanca ni en Rosa.

XLII

En el extraño bazar

Del amor, junto a la mar,

La perla triste y sin par

Le tocó por suerte a Agar.

Agar, de tanto tenerla

Al pecho, de tanto verla

Agar, llegó a aborrecerla:

Majó, tiró al mar la perla.

Y cuando Agar, venenosa

De inútil furia, y llorosa,

Pidió al mar la perla hermosa,

Dijo la mar borrascosa:

«¿Qué hiciste, torpe, qué hiciste

De la perla que tuviste?

La majaste, me la diste:

Yo guardo la perla triste.»

XLIII

Mucho, señora, daría

Por tender sobre tu espalda

Tu cabellera bravía,

Tu cabellera de gualda:

Despacio la tendería,

Callado la besaría.

Por sobre la oreja fina

Baja lujoso el cabello,

Lo mismo que una cortina

Que se levanta hacia el cuello,

La oreja es obra divina

De porcelana de China.

Mucho, señora, te diera

Por desenredar el nudo

De tu roja cabellera

Sobre tu cuello desnudo:

Muy despacio la esparciera,

Hilo por hilo la abriera.

XLIV

Tiene el leopardo un abrigo
En su monte seco y pardo:
Yo tengo más que el leopardo,
Porque tengo un buen amigo.

Duerme, como en un juguete,
La mushma en su cojinete
De arce del Japón: yo digo:
«No hay cojín como un amigo.»

Tiene el conde su abolengo
Tiene la aurora el mendigo:
Tiene ala el ave: ¡yo tengo
Allá en México un amigo!

Tiene el señor presidente
Un jardín con una fuente,
Y un tesoro en oro y trigo
Tengo más, tengo un amigo.

XLV

Sueño con claustros de mármol

Donde en silencio divino

Los héroes, de pie, reposan:

¡De noche, a la luz del alma,

Hablo con ellos: de noche!

Están en fila: paseo

Entre fas filas: las manos

De piedra les beso: abren

Los ojos de piedra: mueven

Los labios de piedra: tiemblan

Las barbas de piedra: empuñan

La espada de piedra: lloran:

¡Vibra la espada en la vaina!

Mudo, les beso la mano.

¡Hablo con ellos, de noche!

Están en fila: paseo

Entre las filas: lloroso

Me abrazo a un mármol: «¡Oh, mármol,

Dicen que beben tus hijos

Su propia sangre en las copas

Venenosas de sus dueños!

¡Que hablan la lengua podrida

De sus rufianes¡!Que comen

Juntos el pan del oprobio,

En la mesa ensangrentada!

¡Que pierden en lengua inútil

El último fuego! ¡Dicen,

Oh mármol, mármol dormido,

Que ya se ha muerto tu raza!»

Echame en tierra de un bote

El héroe que abrazo: me ase

Del cuello: barre la tierra

Con mi cabeza: levanta

El brazo, ¡el brazo le luce

Lo mismo que un sol!: resuena

La piedra: buscan el cinto

Las manos blancas: del soclo

Saltan los hombres de mármol

XLVI

Vierte, corazón, tu pena
Donde no se llegue a ver,
Por soberbia, y por no ser
Motivo de pena ajena.
Yo te quiero, verso amigo,
Porque cuando siento el pecho
Ya muy cargado y deshecho,
Parto la carga contigo.
Tú me sufres, tú aposentas
En tu regazo amoroso,
Todo mi amor doloroso,
Todas mis ansias y afrentas.
Tú, por que yo pueda en calma
Amar y hacer bien, consientes
En enturbiar tus corrientes
Con cuanto me agobia el alma.
Tú, por que yo cruce fiero
La tierra, y sin odio, y puro,
Te arrastras, pálido y duro,
Mi amoroso compañero.
Mi vida así se encamina
Al cielo limpia y serena,
Y tú me cargas mi pena

Con tu paciencia divina.

Y por que mi cruel costumbre

De echarme en ti te desvía

De tu dichos a armonía

Y natural mansedumbre;

Porque mis penas arrojo

Sobre tu seno, y lo azotan,

Y tu corriente alborotan,

Y acá lívido, allá rojo,

Blanco allá como la muerte,

Ora arremetes y ruges,

Ora con el peso crujes

De un dolor más que tú fuerte,

¿Habré, como me aconseja

Un corazón mal nacido,

De dejar en el olvido

A aquel que nunca me deja?

—Verso, nos hablan de un Dios

A donde van los difuntos:

¡Verso, no nos condenan juntos,

O nos salvamos los dos!

DEDICATORIA EN UN EJEMPLAR DE

«VERSOS SENCILLOS»

AL DOCTOR ULPIANO DELLUNDE

No hay pena cual la de amar

A un pueblo solo y cautivo,

Que vive, clavado vivo,

A lo lejos de la mar:

¡Ni sé de alivio mayor

Al corazón que se abrasa,

Que el sol y el café en la casa

De la amistad y el amor!

DEDICATORIA EN UN EJEMPLAR DE

«VERSOS SENCILLOS»

AL DOCTOR JUAN GUITERAS

Del portal, al sol abierto,

Sale el bribón, de alma helada,

Como una bestia azorada,

Como un crimen descubierto.

Esta fatídica gente

Que vive de ansiar y odiar,

¡Oh, no; no puede mirar

La mañana frente a frente!

Central Valley, 11 de mayo de 1894.



JOSÉ MARTÍ (La Habana, 1853 - Dos Ríos, Cuba, 1895). Político y escritor cubano, destacado precursor del Modernismo literario hispanoamericano y uno de los principales líderes de la independencia de su país. Nacido en el seno de una familia española con pocos recursos económicos, a la edad de doce años José Martí empezó a estudiar en el colegio municipal que dirigía el poeta Rafael María de Mendive, quien se fijó en las cualidades intelectuales del muchacho y decidió dedicarse personalmente a su educación.

El joven Martí pronto se sintió atraído por las ideas revolucionarias de muchos cubanos, y tras el inicio de la Guerra de los Diez Años y el encarcelamiento de su mentor, inició su actividad revolucionaria: publicó la gacetilla *El Diablo Cojuelo* , y poco después una revista, *La Patria Libre* , que contenía su poema dramático *Abdala* .

A los diecisiete años José Martí fue condenado a seis años de cárcel por su pertenencia a grupos independentistas; realizó trabajos forzados en el penal hasta que su mal estado de salud le valió el indulto. Deportado a España, en este país publicó su primera obra de importancia, el drama *La adúltera* . Inició en Madrid estudios de derecho y se licenció en derecho y filosofía y letras por la Universidad de Zaragoza.

Durante sus años en España surgió en él un profundo afecto por el país, aunque nunca perdonó su política colonial. En su obra *La República Española ante la Revolución Cubana* reclamaba a la metrópoli que hiciera un acto de contrición y reconociese los errores cometidos en Cuba. Tras viajar durante tres años por Europa y América, José Martí acabó por instalarse en México.

Allí se casó con la cubana Carmen Sayes Bazán y, poco después, gracias a la paz de Zanjón, que daba por concluida la Guerra de los Diez Años (1868-1878), se trasladó a Cuba. Deportado de nuevo por las autoridades cubanas, temerosas ante su pasado revolucionario, se afincó en Nueva York y se dedicó por completo a la actividad política y literaria.

Desde su residencia en el exilio, José Martí se afanó en la organización de un nuevo proceso revolucionario en Cuba, y en 1892 fundó el Partido Revolucionario Cubano y la revista *Patria* . Se convirtió entonces en el máximo adalid de la lucha por la independencia de su país.

Dos años más tarde, tras entrevistarse con el generalísimo Máximo Gómez, logró poner en marcha un proceso de independencia. Pese al embargo de sus barcos por parte de las autoridades estadounidenses, pudo partir al frente de un pequeño contingente hacia Cuba. Fue abatido por las tropas realistas cuando contaba cuarenta y dos años. Martí es, junto a Simón Bolívar y José de San Martín, uno de los principales protagonistas del proceso de emancipación de Hispanoamérica.

Además de destacado ideólogo y político, José Martí fue uno de los más grandes poetas hispanoamericanos y la figura más destacada de la etapa de transición al Modernismo, que en América supuso la llegada de nuevos ideales artísticos. Como poeta se le conoce por *Versos libres* (1878-1882, publicados póstumamente); *Ismaelillo* (1882), obra que puede considerarse un adelanto de los presupuestos modernistas por el dominio de la forma sobre el contenido; y *Versos sencillos* (1891), un poemario decididamente modernista en el que predominan los apuntes autobiográficos y el carácter popular.

Escritos en su mayor parte en 1882, los poemas de *Versos libres* no vieron la luz hasta su publicación póstuma en 1913, muchos años después de su muerte. El propio Martí calificó esos versos de «endecasílabos hirsutos, nacidos de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor de libertad, o de amor doloroso a la hermosura».

El tono fuerte y áspero de este volumen, por el que Martí proclamaba su propia preferencia, impresionó vivamente a Miguel de Unamuno, cuyos juicios serían el punto de partida de la valoración de la obra. Su fuerza vibratoria, tanto formal como en los contenidos, se hace evidente en composiciones como «Poética», «Mi poesía» o «Cuentan que antaño», en las que se sirvió de un lenguaje vigoroso y oscuro, por momentos incluso pasional.

La poesía de José Martí se funda en una visión dualista de la humanidad: realidad e idealismo, espíritu y materia, verdad y falsedad, conciencia e inconsciencia, luz y oscuridad. Los poemas de *Ismaelillo* (1882), libro dedicado a su hijo, son un ejemplo de ello: la debilidad y la inocencia del niño son su fuerza.

En *Versos sencillos* (1891), José Martí expresa el sentimiento que le despierta la alegría de la naturaleza y el mal de la civilización. El sufrimiento y el temor al paso del tiempo también fueron elementos frecuentes en su lírica, donde se advierte un acercamiento al romanticismo que muchos críticos han

considerado superior al de otros de sus contemporáneos. En *A mis hermanos muertos el 27 de noviembre* (1872), publicado durante su destierro en España, Martí dedica sus versos a los estudiantes muertos en una masacre acaecida en aquella fecha.

Su única novela, *Amistad funesta* , también llamada *Lucía Jérez* y firmada con el pseudónimo de Adelaida Ral, fue publicada por entregas en el diario *El Latino-Americano* entre mayo y septiembre de 1885; aunque en su argumento predomina el tema amoroso, en esta obra de final trágico también aparecen elementos sociales. Entre sus obras dramáticas destacan *Abdala* (1869), drama simbólico en un acto y en octosílabos, *La Adúltera* (1873) y *Amor con amor se paga* (1875), también en verso y estrenado en México.

La prosa de Martí se vio influida por la obra del norteamericano Ralph Waldo Emerson, para quien la palabra debía ser tan elocuente como poética e intensa dentro de un discurso sencillo y conciso. Era consciente, como acaso sólo lo fueron los modernistas inmediatamente posteriores a él, de todas las posibilidades del lenguaje, y consideraba que sus recursos estaban íntimamente ligados a las cualidades humanas del pueblo, que en última instancia era quien los inventaba.

Tanto la prosa como la poesía de Martí resultan inseparables de su biografía; él mismo declaró que eran parte indiscutible de su máxima preocupación, que no era otra que la política. Personalidad optimista, sus opiniones sobre el hombre, la poesía o la sociedad son aspectos que aparecen en sus obras al servicio de unas concepciones que tenían siempre al ser humano como centro. A largo plazo su objetivo era la mejora de la humanidad, pero a corto plazo lo era la liberación de Cuba, a la que dedicó todos sus esfuerzos.

Por ello, su producción en prosa fue en su mayor parte funcional, como sus ensayos sobre Bolívar, San Martín o el general Páez, en relación a los héroes del pasado, y sobre el general Gómez, Walt Whitman o Emerson entre los contemporáneos; en tales textos, que constituyeron lo mejor de su prosa, exaltó las cualidades de personajes que admiraba. Dentro de la primera edición de sus obras completas, el volumen titulado *Norteamericanos* reunió póstumamente sus estudios sobre figuras del norte; otros dos volúmenes, bajo el título *Nuestra América* , contienen los trabajos de Martí consagrados a estudiar aspectos de la vida, la cultura y la historia de la América hispana. En ellos expresó su mensaje americanista y resumió su precursora teoría de la debilidad de las naciones hispánicas, en las que existía un enorme abismo entre las clases dirigentes e intelectuales y el pueblo.

Cronista y crítico excepcional, hizo de muchos de sus textos auténticos ensayos, algunos de carácter revolucionario como *El presidio político en Cuba* (1871), reflejo de gran fuerza lírica de su condena a trabajos forzados en el que denuncia las penurias que sufrían los independentistas. Cabe destacar también *La República Española ante la Revolución Cubana* (1873) y *Cuba y los Estados Unidos* (1889), refutación de los ataques de la prensa norteamericana a los patriotas cubanos, así como *El Manifiesto de Montecristi* o su *Diario de campaña* .

También fundó una revista para niños, *La Edad de Oro* (1889), publicada en

Nueva York y en la que aparecieron los cuentos *Bebé y el señor Don Pomposo, Nené traviesa* y *La muñeca negra* . Íntegramente redactada por Martí, esta publicación muestra una serie de aspectos de su personalidad y constituye también una demostración de cómo supo anticiparse a muchas conquistas de la pedagogía moderna: una vez más, puso de relieve en esos escritos su preocupación por las normas de justicia y dignidad humanas, que debían cultivarse en el niño desde su más tierna edad.

José Martí colaboró a lo largo de su vida en innumerables publicaciones de distintos países, como *La Revista Venezolana, La Opinión Nacional* de Caracas, *La Nación* de Buenos Aires o la *Revista Universal* de México. Sus *Obras completas* (que en la edición de 1963-1965 constan de veinticinco volúmenes) incluyen asimismo un nutrido epistolario (sus cartas, también reveladoras de su singular personalidad, han merecido excepcionales comentarios) y numerosos discursos, muchos de ellos dedicados a enardecer el sentimiento patriótico de los cubanos que radicaban como él en la emigración, llamándolos al esfuerzo común gracias al cual se lograría la independencia de la patria.

Índice de contenido

Cubierta

Versos sencillos

Unas líneas del autor

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

XXXIV

XXXV

XXXVI

XXXVII

XXXVIII

XXXIX

XL

XLI

XLII

XLIII

XLIV

XLV

XLVI

Autor